

Instalados en el Conservatorio de artes y oficios, pusieron en escena una imitación de la famosa convención, bajo la protección de la legión de artillería de la guardia nacional; pero á las primeras descargas de la tropa que se aproximaba, fué tanto el pánico que se introdujo entre ellos que para ponerse á salvo saltaron por las ventanas y desaparecieron. Esta vergonzosa y ridícula fuga desacreditó al partido de la montaña por mucho tiempo.

En los departamentos se ahogó también la insurrección al nacer, excepto en Lyon donde sin embargo fué sofocada pronto. A consecuencia de esta intentona fueron expulsados de la asamblea 30 representantes, y en segundas elecciones reemplazados por diputados conservadores ó moderados.

También había demostrado esta jornada que el mal de la Francia era el espíritu revolucionario permanente de la nación, que se burlaba desde algunos decenios de toda autoridad y que hizo decir á Montalembert: «Este país solo podrá salvarse cuando todos los franceses, incluso los que nada tienen que ver con el gobierno, sean sus defensores y sus amigos. La revolución puede engendrar la libertad, pero esta solo puede vivir ahogando el espíritu revolucionario. Así hizo en Inglaterra, y nuestra república democrática solo ha podido existir hasta hoy matando ó combatiendo enérgicamente este espíritu revolucionario. Si no logra sofocarlo, sucumbirá y será sustituida por dos dictaduras, primero por la de la anarquía, que ya conocemos todos, y después, ¿se quiere saber cuál dictadura vendrá? No la de Napoleón, ni la de San Luis, ni la de Carlomagno, sino la de cualquier soldado que traiga el orden material y al cual se colmará de bendiciones.»

Igual sentido tuvieron las palabras con que el presidente empezó, en su viaje por los departamentos del Norte, un brindis en Ham, donde había estado tantos años encerrado, brindis en honor de aquellos «que á despecho de sus convicciones respetan las instituciones de su país.» «Por eso, añadió, no me quejo de haber pagado aquí con seis años de prisión mi atrevimiento de haber atentado á las leyes de mi patria.» Esta lección enérgica parecía encerrar una garantía completa contra toda tentativa de golpes de Estado, y debía robustecer poderosamente la confianza y armonía entre la asamblea legislativa y el presidente. Por lo mismo la asamblea quedó muy tranquilizada y suspendió sus sesiones en 11 de agosto hasta el 1.º de octubre.

Entre tanto habíase reinstalado el gobierno papal en Roma á raíz de la entrada de los franceses. Oudinot había remitido al papa en Gaeta las llaves de la ciudad, invitándole á regresar á su capital y á realizar las reformas pedidas por el gobierno francés; pero Pío IX no tuvo ni prisa para volver á Roma ni pensamiento de realizar reformas ni consideración con los que habían acudido á su auxilio. Sin dignarse siquiera contestar al general Oudinot, envió una comisión formada de tres cardenales, los más reaccionarios; y el general francés fué tan imprudente que les entregó el gobierno sin exigirles ninguna garantía contra el abuso de su poder. Este gobierno papal, á la vista de los franceses, empezó su obra de implacable venganza con destituciones en masa, de claró sin valor el papel moneda creado por la república, instituyó un tribunal inquisitorial con el nombre de *consejo de censura* y adoptó otras medidas de este género. De nada sirvió que el gobierno francés relevara al débil Oudinot y enviara en su lugar al general Rostolan: el mal estaba hecho, y sobre la Francia republicana pesaba el oprobio de haber emprendido una cruzada contra otra república hermana y á favor del poder temporal del papado.

Esto determinó al príncipe presidente á explicar su modo de ver y sus intenciones de una manera enérgica, y lo hizo

en la carta que dirigió con fecha 18 de mayo al teniente coronel Edgardo Ney en Roma, diciendo: «La república francesa no ha enviado un ejército á Roma para ahogar la libertad, sino para regularizarla y darle una base segura... Oigo con sentimiento que las intenciones benévolas del Padre Santo y nuestra intervención han sido esterilizadas por pasiones é influencias contrarias; hay personas que quieren hacer de las proscripciones y el despotismo la base del regreso del papa. Diga V. al general Rostolan que no permita que se cometan á la sombra de la bandera francesa actos que desfiguren el carácter de nuestra intervención. Yo resumo la restauración del papa en lo siguiente: Amnistía general, secularización de la administración, código Napoleón y gobierno liberal. En la proclama de los cardenales me ha ofendido personalmente que no se mencione á la Francia ni se diga nada de los sufrimientos de nuestros valientes soldados. Todo ultraje hecho á nuestra bandera y á nuestro uniforme me traspasa el corazón, y suplico á V. que haga entender claramente que la Francia, ya que no vende sus servicios, exige que por lo menos se le muestre agradecimiento por sus sacrificios y su desinterés. Cuando nuestros ejércitos dieron la vuelta á Europa dejaron en todas partes destruidos los abusos del feudalismo á la par que depositaron los gérmenes de la libertad. Que no se diga que en el año 1849 procedió de diferente manera un ejército francés, ni que diera lugar á otros resultados.»

El efecto que causó este documento fué contundente; era un bofetón dado á los cardenales que gobernaban en Roma y á los cuales el enviado Ney lo leyó; el papa aturdido salió de Gaeta y en lugar de regresar directamente á sus Estados se dirigió á Nápoles y de allí solamente á Pórtici, donde decretó una amnistía y una serie de reformas que no fueron mas que un simulacro vano, porque el perspicaz cardenal secretario Antonelli se reía en el fondo de la indignación de Luis Napoleón, que sabía necesitaba mas al papa que este á él.

Los ministros de Napoleón, menos el mariscal Falloux que dimitió, se conformaron, aunque algo reacios, con este acto personal del presidente verificado sin su conocimiento y á sus espaldas, mirando la carta como carta particular; pero la derecha de la asamblea la habría desaprobado de buena gana pública y solemnemente si no hubiese preferido correr bien con el presidente para poder contar con su cooperación contra los enemigos de la reacción y del clero en el interior. Thiers, al presentar á la asamblea la cuenta de gastos de la expedición romana, evitó mencionar la carta, pero á pesar de esta discreción cuyo objeto era no dar lugar á escisiones, desaprobó indirectamente aquel documento, diciendo que siendo el papa soberano independiente se le debía tratar con calma, respeto y paciencia.

Esta manera un tanto despreciativa con que la asamblea y los ministros trataron el acto de la carta hirió el orgullo del presidente y contribuyó á que este, al verse cada día más dueño de su posición, se apartara del camino de la modestia y de la paciencia que hasta entonces había seguido y continuara con más decisión que nunca entendiéndolo á su manera los derechos que la constitución concedía tácitamente al presidente responsable de la república, entre los cuales veía en primera línea el de la iniciativa personal, no limitada, ni menos prescrita ni impuesta por los ministros ó la asamblea, como una derivación lógica de su responsabilidad. Así fué que en la sesión del 31 de octubre anunció á la asamblea que había cambiado de ministros después de haber visto con sentimiento que el ministerio, compuesto de hombres de diferentes partidos, no había producido los frutos que se esperaban, y luego añadió: «En medio de esta confusión busca

la Francia, inquieta porque no ve dirección, la mano y la voluntad de su elegido del 10 de diciembre, cuya elección significa el triunfo de todo un sistema de gobierno, porque el nombre NAPOLEON es por sí solo todo un programa y significa en el interior orden, religión, bienestar del pueblo, y en el exterior dignidad nacional.» Para no dejar ya duda de que el presidente y nadie mas tenía el derecho de elegir sus ministros, firmó él solo los nombramientos de los nuevos ministros entrantes, sin refrendo de ninguno de los salientes, ni dió tampoco otra explicación mas que la citada para justificar el cambio. Solo el nuevo presidente del ministerio, el general Hautpoule, declaró á la asamblea que el cambio de ministros no implicaba ningun cambio político. La verdadera razón era que los nuevos ministros, Fould, Rouher, Dumas, Bineau, Parieu, Hitte y Hautpoule no tenían compromisos de partido y eran por lo mismo instrumentos mas obedientes del presidente de la república.

Con la carta á Ney y con este cambio inauguró Napoleón su gobierno personal, precursor de su golpe de Estado. La máquina constitucional, á consecuencia de un defecto de construcción, funcionó de una manera distinta de la que estaba calculado y Luis Napoleón aprovechó este error de los constructores (1).

CAPITULO IV

FIN DE LA REVOLUCION EN ALEMANIA

La constitución otorgada por el rey de Prusia el 5 de diciembre de 1848

Así como la caída de Metternich aceleró el movimiento revolucionario, la caída de la revolución en Viena fué también precursora del movimiento retrógrado en Berlín.

Desde la fatal jornada del 19 de marzo había quedado imperante el liberalismo en la mayor parte de la clase media inteligente, bien que en grado variable según las exigencias de cada individuo, pero siempre deseoso de consolidar y desarrollar las conquistas conseguidas por la vía legal. Animada de este espíritu, la asamblea nacional prusiana había emprendido la transformación del Estado en sentido moderno, había legislado ya sobre la libertad individual, la caza y la milicia ciudadana y había tomado en consideración la liberación de la propiedad del pequeño agricultor aboliendo las servidumbres feudales y de los señoríos. Al propio tiempo pudo observarse que la demagogia iba mostrándose en la capital de día en día mas orgullosa, porque el gobierno, temeroso de ser acusado de intenciones hostiles al pueblo, no se atrevió á atajar los abusos groseros de la libertad de reunión y de la prensa que cometían aquellos hombres del pueblo que suelen huir del trabajo por costumbre. En la misma asamblea creció la fuerza de la izquierda porque muchos diputados de la derecha no asistían á las sesiones por temor á los insultos de palabra y obra á que estaban expuestos de parte del pueblo soez y no acostumbrado á ninguna libertad, excepto la de cometer excesos allí donde estaba en mayoría y después de haber bebido.

El industrial con establecimiento abierto empezó á impa-

(1) Thiers (véase Senior, tomo I, pág. 64) atribuye la destitución del ministerio Barrot, además de las causas arriba dichas, á la imprudencia con que enredó á la Francia en disgustos con la Rusia con motivo de la extradición de los fugitivos húngaros por parte del gobierno turco, cabalmente cuando por primera vez desde la caída de Carlos X se ofrecía ocasión de hacer una alianza con Rusia. «Y véase, añade Thiers, cómo nos han acostumbrado tanto á la abyección, que hoy miramos como estadistas decentes á hombres que nos avergonzábamos entonces de ver ocupar el puesto de los Tocqueville, Dufaure y Lanjuinais.»

cientarse al ver que estos desórdenes, repugnantes por lo groseros, después de generalizarse amenazaban hacerse permanentes; los buenos súbditos prusianos empezaron á temer por el orden monárquico y creyeron faltar á su deber y renegar del glorioso pasado de la Prusia si escuchaban las pretensiones del partido nacional alemán de someterse á una autoridad que no era la de su rey; el funcionario y empleado subalterno del Estado, orgulloso de su mucha ó poca autoridad y del respeto con que era mirado, odiaba á muerte la corriente moderna, que tan poco caso hacia de jerarquías, escalafones, atribuciones, títulos y tratamientos rigurosamente clasificados; que llevaba la confusión al santuario de la administración y se atrevía á poner en los puestos mas elevados á hombres que ni siquiera habían pasado por los primeros y mas elementales empleos de la carrera administrativa. Detrás de todas estas resistencias que iban aglomerándose paulatinamente después del primer espanto, fué alzándose también el partido feudal, que cobraba ánimo para defender sus privilegios hereditarios. Habiéndose ocultado cobardemente todos sus adherentes á la primera arremetida de la revolución, salieron uno tras otro cautelosamente de su retiro cuando se convencieron de que no había peligro ya, para defender con mucha arrogancia su privilegio mas querido, porque incomodaba mas visible y directamente á los demás, dando así mas importancia á la calidad de noble, á saber, el derecho de caza (2). Para defender este y otros privilegios de la nobleza reunióse un verdadero parlamento de nobles en Berlín bajo los mismos auspicios del rey. Esta asamblea fundó su periódico en 1.º de julio de 1848 y asociaciones en todo el reino, que naturalmente luchaban con el mejor éxito entre la población indiferente, contra la propaganda de los apóstoles de la unidad alemana. Este partido poderoso é influyente asedió al rey excitando su odio, ya innato, á todo cuanto era liberal, como obra de Satanás; y cuando el timorato y asustado soberano invitó á los miembros de la asamblea nacional á una fiesta que les había preparado en su residencia de Potsdam, estos representantes tuvieron que soportar tantas groserías é insolencias de la camarilla noble, que aquello pareció en lugar de fiesta una celada infame. Perteneciendo toda la oficialidad á la nobleza podía contar esta naturalmente con el ejército, que no tenía opinión propia fuera de la oficialidad, que siempre se ha distinguido por su espíritu de casta. En 31 de julio, sin embar-

(2) Conviene saber que la caza era en toda la Alemania, y en realidad lo es todavía, un privilegio exclusivo de la nobleza, que si vende parte de sus fincas queda siempre entendido que no vende el privilegio de cazar en ellas, y que puede y suele arrendar al comprador del terreno ó á otro aficionado plebeyo, y así hace el gobierno también al vender parcelas de bienes del Estado que son del soberano como propietario del territorio y de lo que produce y vive en él, por cuya razón era antes el soberano único dueño de la caza. Además por lo general tienen obligación los propietarios y censatarios rurales no nobles de someterse á una infinidad de otras servidumbres á favor del noble que les vendió su terreno, como prestar gratuitamente jornaleros para las grandes cacerías de batida, carros para la comitiva, manutención de la caza en los tiempos de grandes fríos y mucha nieve, manutención y cuidado de las traillas cuando no se caza, y en no pocas aldeas hasta han de alojar y mantener los labradores en sus casas, por supuesto también gratuitamente, al personal empleado por el señor del lugar para cuidar de la caza y servir en las cacerías, y un gran número de otras gabelas con diferentes nombres, todas relativas á la caza. Esta devora y destruye las plantaciones y hortalizas de los labradores, sin que puedan, bajo grandes penas, atreverse á matar en sus propios campos y huertas á los animales silvestres, ni cavar siquiera hoyos para los lobos, porque se les castigaria por cazadores furtivos, atendido que los tales hoyos pueden también servir para coger jabalíes, ciervos, gamos, etc. Estas servidumbres abolieron la revolución de Berlín del año 1848, pero fueron restablecidas, y en 1850 eran observadas con mas rigor que nunca.